

ESCENA 1

[Entran SANSÓN y GREGORIO con espadas y escudos.]

SANSÓN

Por mi honor, Gregorio, que no hay por qué agachar la cabeza.

GREGORIO

Si lo hiciéramos, nos convertiríamos en animales de carga.

SANSÓN

Quería decirte que, si buscan intimidarnos, debemos responder.

GREGORIO

Sí, pero mientras vivamos, que no nos vayan a echar la sogá al cuello.

SANSÓN

Si me provocan, sabes que reacciono al instante.

GREGORIO

Pero no es fácil picarte para que saltes.

SANSÓN

Basta cualquier perro de casa de los Montesco para hacerme saltar.

GREGORIO

Quien salta, se mueve. El verdadero valor está en quedarse firme en su puesto. Así que eso de saltar en realidad es huir.

SANSÓN

Los perros de esa casa hacen que me plante en mi puesto. Cuando me encuentro con cualquier hembra o varón de casa de los Montesco, me agarro a las paredes.

GREGORIO

Eso revela tu debilidad, porque al débil lo empujan contra la pared.

SANSÓN

Cierto, por eso arrinconan a las mujeres. Así que echaré a la calle a los Montesco y a sus mozas las empujaré a la pared.

GREGORIO

Esa disputa es entre nuestros amos y nosotros, los criados.

SANSÓN

Lo mismo da. Me portaré como un tirano. Cuando enfrente a los hombres, seré cortés con las mujeres, y acabaré con ellas.

GREGORIO

¿Acabar con las doncellas?

SANSÓN

Terminarlas, desvirgarlas. Tómallo como te dé la gana.

GREGORIO

Ya lo sabrán las que lo prueben.

SANSÓN

Lo sentirán mientras me dure el aliento, y es sabido que soy hombre de carne antes que cosa fría o insensible.

GREGORIO

Qué suerte que no seas pez, si no, serías un pobre arenque. Saca tu espada, que aquí vienen dos criados de la casa Montesco.

[Entra ABRAHAM con otro criado.]

SANSÓN

Lista la espada. Pelea, que yo te cuido las espaldas.

GREGORIO

¿Cómo lo harás? ¿Dándote la vuelta y huyendo?

SANSÓN

Confía en que no lo haré.

GREGORIO

No sé si confiaría en ti.

SANSÓN

Pongamos a la ley de nuestro lado y que ellos empiecen.

GREGORIO

Les haré un gesto al pasar, y veamos cómo reaccionan.

SANSÓN

Veamos si se atreven. Me burlaré chupándome el dedo, a ver si toleran el insulto.

ABRAHAM

¿Se burla de nosotros, señor?

SANSÓN

Señor, es verdad que me burlo.

ABRAHAM

¿Se burla porque pasamos, señor?

SANSÓN [*a Gregorio*]

¿Tenemos la ley de nuestro lado si respondo que sí?

GREGORIO [*a Sansón*]

No.

SANSÓN

Señor, no me burlo de que pasen, pero sin duda me chupo el dedo.

GREGORIO

¿Busca pelea, señor?

ABRAHAM

¿Pelea? No, señor mío.

SANSÓN

Si la busca, aquí estoy a sus órdenes. Mi amo es tan bueno como el suyo.

ABRAHAM

Pero no mejor.

SANSÓN

Pues...

[*Entra BENVOLIO.*]

GREGORIO [*a Sansón*]

Dile que el nuestro es mejor, porque se acerca un pariente de mi amo.

SANSÓN

El nuestro es mejor, señor.

ABRAHAM

¡Mentira!

SANSÓN

Si son hombres, desenvainen. Gregorio, no olvides tu estocada maestra.

[*Pelean.*]

BENVOLIO [*desenvaina*]

Guarden las espadas, bobos. Están peleando sin razón.

[*Entra TEOBALDO.*]

TEOBALDO [*desenvaina*]

¿Con que estás espada en mano contra estos miserables? Voltea, Benvolio, y enfrenta tu muerte.

BENVOLIO

Los estoy apaciguando. Guarda tu arma, o ven con ella y ayúdame a detenerlos.

TEOBALDO

¿Me hablas de paz cuando tienes la espada en la mano? Odio esa palabra tanto como el infierno, a ti y a los Montesco. Ven, cobarde.

[*Pelean.*]

[Entran tres o cuatro CIUDADANOS con palos.]

CIUDADANOS

Vengan con palos, picas o hachas. ¡Péguenles! ¡Tírenlos!
¡Mueran los Capuletos! ¡Mueran los Montescos!

[Entra CAPULETO, en bata, y su esposa.]

CAPULETO

¿Qué ruido es este? Denme mi espada.

SEÑORA DE CAPULETO

Denle una muleta, una muleta. ¿Para qué quieres una espada?

[Entra MONTESCO y su esposa.]

CAPULETO

¡Pedí mi espada! Ahí viene Montesco blandiendo su arma contra mí.

MONTESCO

¡Capuleto infame! ¡Suéltame, hazte a un lado!

SEÑORA DE MONTESCO

No te dejaré dar un paso más contra tu enemigo.

[Entra el PRÍNCIPE con su séquito.]

PRÍNCIPE

¡Rebeldes, enemigos de la paz, que derraman la sangre de los ciudadanos con su acero! ¿No escuchan? Bestias humanas que apagan el ardor de su ira con la fuente sangrienta que les sale de las venas, bajo pena de tortura, arrojen de sus manos las armas fratricidas y escuchen mi sentencia. Por una vana palabra, tres veces han ensangrentado las calles de Verona, por tu culpa, viejo Capuleto, y por la tuya, Montesco. Han hecho que sus viejos habitantes, despojándose de sus ilustres vestiduras, empuñasen sus armas enmohecidas por la paz. Si vuelven a perturbar la tranquilidad de nuestra ciudad, me responderán con sus cabezas. Basta por ahora. Márchense todos. Tú, Capuleto, vendrás conmigo. Tú, Montesco, búscame por la tarde en Villafranca, en el Tribunal, para que conozcas el resto de mis decisiones sobre el caso. Lo repito, pena de muerte a quien permanezca aquí.

[Salen todos menos MONTESCO, la SEÑORA DE MONTESCO y BENVOLIO.]

MONTESCO

¿Quién volvió a despertar el viejo pleito? Sobrino, ¿estabas aquí cuando empezó?

BENVOLIO

Los criados de tu enemigo ya estaban peleando con los nuestros cuando llegué. Desenvainé para separarlos. En

eso, Teobaldo se arrojó contra mí, blandiendo la espada sobre su cabeza e insultándome, mientras cortaba el aire que silbaba sin hacerle daño. El ruido de las estocadas y los golpes atrajo a la gente de ambos bandos, que luchaban entre sí, hasta que el príncipe vino y los separó.

SEÑORA DE MONTESCO

¿Y Romeo? ¿Lo has visto hoy? ¡Cuánto me alegra que no estuviera presente en la pelea!

BENVOLIO

Señora, solo faltaba una hora para que el sol se asomara por las doradas puertas del Oriente, cuando la inquietud me impulsó a pasear. En el bosque de sicomoros que crecen al poniente de la ciudad vi a su hijo caminando desde temprano. En cuanto lo vi fui hacia él, pero al notar mi presencia entró en lo más profundo del bosque. Al juzgar sus sentimientos a partir de los míos, supe que a veces la compañía estorba, así que continué con mi camino y mis pensamientos, huyendo de él con tanto gusto como él de mí.

SEÑORA DE MONTESCO

Dicen haberlo visto por allí con frecuencia al amanecer, sumando su llanto al rocío de la mañana y añadiendo a las nubes el vapor de sus suspiros. Pero en cuanto el sol, que alegra al mundo, comienza a recorrer las oscuras cortinas de la aurora, mi triste hijo huye de la luz y regresa a casa a encerrarse en su habitación, cierra las ventanas y crea una noche artificial para esquivar el resplandor del día.

Este estado de ánimo le resultará muy sombrío y doloroso si no le dan un buen consejo que acabe con la causa.

BENVOLIO

Mi noble tío, ¿sospechas cuál es la causa?

MONTESCO

Ni la sé ni puedo hacer que me la diga.

BENVOLIO

¿Has insistido para que de algún modo la confiese?

MONTESCO

Sí, igual que otros amigos. Pero él es el único confidente de sus sentimientos, y no sé qué tan sincero sea. Es tan callado y reservado, tan insondable y tan hermético, como el capullo carcomido por un gusano antes de abrir al sol sus pétalos y encantar al día con su hermosura. Si supiéramos la causa de su melancolía, no tardaríamos en remediarla.

[Entra ROMEO.]

BENVOLIO

Miren, ahí viene. Les ruego que se aparten. Pronto sabré la causa de su mal.

MONTESCO

Ojalá que al quedarte por fin escuches su sincera confesión. Vamos, señora.

[Salen MONTESCO y la SEÑORA DE MONTESCO.]

BENVOLIO

Buenos días, primo.

ROMEO

¿Es tan temprano?

BENVOLIO

Acaban de dar las nueve.

ROMEO

¡Tristes horas, qué lentas avanzan! ¿No era mi padre quien se alejó tan deprisa?

BENVOLIO

Sí. Pero ¿qué tristezas alargan tanto las horas de Romeo?

ROMEO

El no tener lo que las acortaría.

BENVOLIO

¿Cosa de amores?

ROMEO

Lo contrario.

BENVOLIO

¿Del amor?

ROMEO

De no ser correspondido por ella.

BENVOLIO

¿Por qué el amor, que parece tan dulce, nos pone a prueba con tanta dureza y tiranía?

ROMEO

¿Por qué si el amor lleva una venda en los ojos, elige a ciegas sus antojos? ¿Dónde vamos a comer hoy? ¡Válgame

Dios, qué pelea ha habido! No me lo cuentes, que ya me he enterado. Hay que luchar con el odio, pero más con el amor. ¡Oh, amor hostil y odio amoroso! ¡Oh, todo creado de la nada! ¡Oh, pesada ligereza, seria vanidad, caos deforme de formas hermosas, pluma de plomo, humo brillante, fuego helado, salud enfermiza, sueño insomne, que no es lo que es! Siento este amor sin sentir nada en él. ¿No te ríes?

BENVOLIO

No, primo, más bien lloro.

ROMEO

¿Por qué, alma generosa?

BENVOLIO

Por la desesperación que oprime tu alma.

ROMEO

Así son los pecados del amor. Ya pesaban bastante los sufrimientos en mi pecho, y ahora los agrandas sumando los tuyos. Ese amor que muestras añade penas a la que de por sí me supera. El amor es el humo que se forma con el vapor de los suspiros; si se alimenta, es un fuego que centellea en los ojos de los amantes; si se reprime, es un torrente que se desborda y alimenta sus lágrimas. ¿Qué más decir de él? Diré que es locura sabia, es hiel que asfixia; es dulzura que reconforta. Adiós, primo.

BENVOLIO

Espera, quiero ir contigo. Me enfadaré si me dejas así.

ROMEO

¡Bah! No estoy aquí, estoy perdido. El verdadero Romeo no es este; debe andar en otra parte.

BENVOLIO

Habla con seriedad y dime el nombre de tu amada.

ROMEO

¿Qué? ¿Quieres oírme gemir?

BENVOLIO

¡Gemir! No, quiero que me digas honestamente quién es.

ROMEO

Pide al enfermo de gravedad que haga su testamento. Es un mal momento para quien se encuentra tan mal. En serio, primo, estoy enamorado de una mujer.

BENVOLIO

Adivinaba que estás enamorado.

ROMEO

Has acertado. Y es de una mujer hermosa.

BENVOLIO

Cuando el blanco es tan hermoso, se acierta más rápido.

ROMEO

En eso te equivocas, porque ella esquivo las flechas de Cupido; tiene el espíritu de Diana y su castidad es una armadura que la protege del arco pueril del niño alado. A la que amo huye de las palabras de amor, evita el encuentro de las miradas provocadoras y no la seduce ni el oro que tentaría hasta a un santo. Es rica en hermosura, pero es pobre, porque al morir mueren con ella sus encantos.

BENVOLIO

¿Ha jurado vivir con un voto de castidad?

ROMEO

Sí, y esa reserva suya no es más que un desperdicio, porque al esconder su belleza por severidad, priva de ella al mundo. Es tan discreta y hermosa que no merece las bendiciones del cielo al complacerse en mi tormento. Ha jurado no amar, y ese voto me hace vivir como un muerto.

BENVOLIO

Hazme caso y deja de pensar en ella.

ROMEO

Enséñame qué hacer para olvidarla.

BENVOLIO

Dale libertad a tus ojos y fíjate en otras bellezas.

ROMEO

Eso haría que brillara aún más su hermosura. Esas máscaras negras que acarician las frentes de las bellas no hacen más que evocar la blanca tez que ocultan. Nunca olvida el don de la vista quien la perdió de golpe. Muéstrame a una mujer encantadora y no sería más que una página en la que leería el nombre de mi adorada, que la supera en belleza. ¡Adiós! No puedes enseñarme a olvidar.

BENVOLIO

Pienso enseñarte a conseguirlo o moriré en deuda contigo.

[Salen.]